



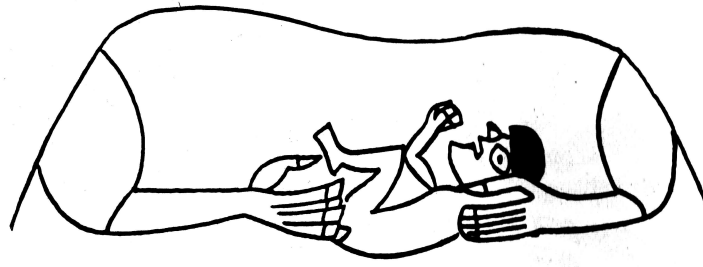
# MAPA DEL TIEMPO

de Cristian Palacios

Esta obra ha sido escrita con la ayuda de IBERESCENA 2008 a la creación dramaturgica y coreografica.

$$\left( \frac{1}{(16\pi G)^2} G^{ijkl} \frac{\delta}{\delta h^{ij}} \frac{\delta}{\delta h^{kl}} - \frac{\sqrt{h}}{16\pi G} {}^3\mathbf{R} \right) \psi[h_{ij}] = 0$$

*John Wheeler y Bryce DeWitt*



UN HOMBRE SÓLO, SENTADO SÓLO EN UN VIEJO SILLÓN. VISTE ROPA SIMPLE. UNA CAMISA SUCIA. UN PANTALÓN GASTADO. UN SACO MARRÓN O GRIS. TIENE AMBAS MANOS VENDADAS. EN LA MANO IZQUIERDA UNA TIZA. HAY SOMBRAS SOBRE ALGUNAS PARTES DE SU CUERPO. AL COMENZAR MIRA HACIA ARRIBA. PARECE DORMIDO. RESPIRA CON DIFICULTAD. APENAS HAY LUZ. LA MANO IZQUIERDA TIEMBLA. EL HOMBRE PARECE DESPERTAR. BAJA LA CABEZA LENTAMENTE. SE OBSERVA. MIRA A SU MANO IZQUIERDA QUE TIEMBLA. DURANTE UN RATO PERMANECE ASÍ. SU MANO IZQUIERDA TIEMBLA. ÉL LA MIRA. LA MANO TIEMBLA. ÉL ASIENTE. COMO SI MANTUVIERAN UNA CONVERSACIÓN. SU MANO Y ÉL. DESDE ARRIBA CAE UN CHORRO DE LUZ. EL HOMBRE OBSERVA. MALDICE EN VOZ BAJA. CON LA MANO DERECHA SE CUBRE EL ROSTRO. MIRA HACIA ARRIBA. PARECE HABLAR CON LA LUZ. MALDICE NUEVAMENTE. CON DIFICULTAD, INTENTA CORRER EL SILLÓN, SIN LEVANTARSE. EL PISO CRUJE. EL SILLÓN SE CORRÉ. EL HILO DE LUZ CAE SOBRE SU MANO IZQUIERDA QUE - SOSTENIENDO LA TIZA - TIEMBLA. EL HOMBRE MALDICE EN VOZ BAJA. VUELVE A CORRER EL SILLÓN - CON DIFICULTAD. QUEDA DE FRENTE A PÚBLICO. MIRA AL PÚBLICO. MALDICE EN VOZ BAJA. MIRA HACIA ATRÁS, SOBRE EL RESPALDO DEL SILLÓN. PAUSA. POR UN RATO PERMANECE ASÍ. EL HOMBRE MIRANDO HACIA ATRÁS. LA MANO IZQUIERDA TEMBLANDO PAULATINAMENTE. COMO SI MARCARA UN RITMO. LA MANO TIEMBLA CON MÁS VIOLENCIA. EL HOMBRE CONTINÚA MIRANDO HACIA ATRÁS. LA MANO IZQUIERDA SE MUEVE COMO SI QUISIERA ESCRIBIR. EL HOMBRE LA MIRA. LA MANO IZQUIERDA ESCRIBE EN EL AIRE. EL HOMBRE SACA UNA PEQUEÑA PIZARRA SOBRE LA QUE ESTÁ SENTADO. LA COLOCA BAJO LA MANO IZQUIERDA. LA MANO ESCRIBE. EL HOMBRE LA OBSERVA. LA MANO ESCRIBE Y BORRA CON LA PALMA. EL HOMBRE LA OBSERVA PREOCUPADO. LA MANO ESCRIBE. EL HOMBRE ESPERA. LA MANO SIGUE ESCRIBIENDO. SACA UNA

MANZANA DE UNO DE SUS BOLSILLOS UTILIZANDO LA OTRA MANO. LA OBSERVA. ESTÁ PODRIDA EN UNO DE SUS LADOS. LA MANO IZQUIERDA CONTINÚA ESCRIBIENDO. DE OTRO DE LOS BOLSILLOS SACA UNA CUCHARA. ES UNA CUCHARA GRANDE. SIEMPRE CON LA MANO DERECHA INTENTA CORTAR LA MANZANA CON LA CUCHARA. LA MANO IZQUIERDA CONTINÚA ESCRIBIENDO Y BORRANDO. CON DIFICULTAD, INTENTA CORTAR LA MANZANA CON LA CUCHARA. LA MANZANA SE CORTA. COME UN PEDAZO. LA MANO IZQUIERDA ESCRIBE. EL HOMBRE ESCUPE. DE LA MANZANA SALEN GUSANOS. CON HORROR, ARROJA LA MANZANA AL SUELO. OBSERVA LA MANZANA EN EL SUELO, LLENA DE GUSANOS. LA MANO IZQUIERDA SE HA DETENIDO, COMO SI OBSERVARA TAMBIÉN. LA MANZANA HA CAÍDO SOBRE EL CHORRO DE LUZ. SIGUEN SALIENDO GUSANOS. EL HOMBRE LA OBSERVA. LIMPIA LA CUCHARA SOBRE EL PANTALÓN. VUELVE A PONERLA EN SU BOLSILLO. MIRA A LA MANO IZQUIERDA, QUE HA DEJADO DE ESCRIBIR. MALDICE EN VOZ BAJA. TOMA LA PIZARRA. LEVANTA LA PIZARRA. LEE CON DIFICULTAD. ACERCA Y ALEJA LA PIZARRA. LEE. MALDICE EN VOZ BAJA. SE OBSERVA LA MANO IZQUIERDA. MIRA A PÚBLICO. HABLA. LENTAMENTE AL COMIENZO. COMO BUSCANDO LAS PALABRAS. COMO SI HUBIERA OLVIDADO LAS PALABRAS. CADA TANTO CONSULTA LA PIZARRA LA MANZANA PERMANECE EN EL SUELO, CUBIERTA DE GUSANOS, BAJO EL CONO DE LUZ. NO HAY CAMBIOS DE VESTUARIO. NUNCA SALE DE ESCENA.

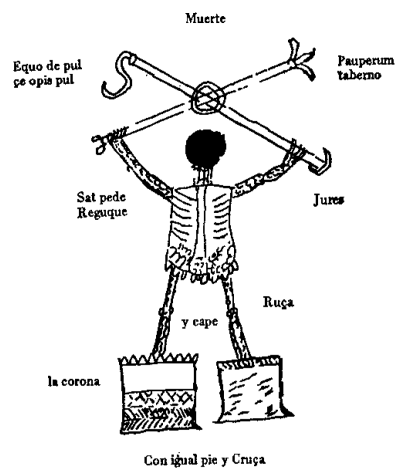
EL HOMBRE: La historia dice más o menos así. En un basural, en un pantano, en un descampado al final de una carretera, se encuentran las fuerzas policiales de tres o cuatro países para medirse, para probarse alguna cosa que a nadie le importa salvo a ellos mismos, aunque quizás ni siquiera a ellos les importa, para ver quién la tiene más grande, quién más pequeña, cuál diminuta, ínfima, del tamaño de una nuez o un caracol. Se encuentran entonces y sueltan al azar un jaguar o un conejo, digamos que un conejo y dejan pasar un plazo prudencial al cabo del cual se lanzan a buscar al pobre conejo, con el objeto de demostrar frente a la opinión pública internacional -podemos imaginarnos el descampado o basural lleno de periodistas aburridos- la eficacia, la

eficiencia, la seguridad con que actúa la policía de tal o cual país o latitud. Scotland Yard o la Sûreté du Québec e incluso el departamento de policía de Nueva York regresan al rato trayendo al conejo de las orejas, más o menos maltratado, podemos imaginarnos que más maltratado si se trata de los Carabinieri o de la Guardia di Finanza que si fuera la policía del Japón, pero se trata solo de un prejuicio y en todo caso, la buena salud del conejo responde más a la presencia de la prensa internacional que al ánimo de los agentes que de buena gana se culearían al conejo si así les fuera permitido. Pero cuando le toca el turno a los de la P.G.R. o a la bonaerense o a cualquier otra policía de algún oscuro país latinoamericano o de algún oscuro país a secas, porque países oscuros hay en los cinco continentes o en los seis continentes, ya que no podemos descartar que la historia suceda o haya sucedido o incluso pueda suceder en la antártida o en el polo norte o en la luna o en marte. Cuando le toca el turno a la bonaerense, digamos, no pasan más de cinco minutos sin que regresen trayendo con la cola entre las patas, malherido, tiritando de miedo, un perro, un perro que por azar de las circunstancias se ha largado a hablar y no para de repetir con un acento impecable, ya no me peguen, soy un conejo, les juro que soy un conejo... PAUSA. Pero la historia no termina aquí lamentablemente, porque al poco de regresar la policía de este oscuro y triste país latinoamericano, otra policía de otro país más oscuro y triste aún, la N.K.V.D. o la policía de Guatemala o el ejército de Zimbabwe se interna en la espesura con el objeto de recuperar el conejo perdido y pasan las horas y oscurece y llega un nuevo día sin que se tengan noticias ni del conejo ni de la policía en cuestión. Los periodistas se han largado para ese entonces a cubrir algún partido de cricket o alguna otra noticia más estúpida aún, pero las otras policías se alarman un poco dado que se trata al fin de cuentas de colegas y la solidaridad gremial aparece cuando menos se la espera y se lanzan en busca de los desaparecidos y no hacen más que cincuenta metros cuando los encuentran rodeando a un cerdo más maltratado aún que el

perro de la aventura anterior, y con quemaduras visibles en todo el cuerpo, sobre todo en los testículos, cuyo cuerpo presenta incluso síntomas de desgarramiento anal e inquiridos los policías de qué va la cosa, responden que nada, que el cerdo se niega a confesar que es conejo. PAUSA. Dicho lo cual le pegan un tiro al cerdo y libres ya de la presencia de la prensa internacional se dedican a emborracharse y a encularse mutuamente. Volveremos sobre ellos. Volveremos incluso sobre el cerdo cuya valentía, conviene aclarar, se debe más al desconocimiento de la lengua humana que a la férrea voluntad de oponerse al accionar policial. Mientras tanto el conejo se ha dado a la fuga y temiendo una suerte similar a la del cerdo se interna en el desierto o descampado sin saber en qué clase de infierno está yendo a meterse, pobre conejito de mierda. Bajo el desierto o descampado del que ya no podremos salir, nosotros, ni el conejo, ni la policía, ni el cerdo, corre un río subterráneo, un río de aire, no de agua, que se bifurca en innumerables pasillos y corredores. Porque el mundo, amiguitos, es hueco y bajo su superficie ocurren cosas que mejor sería no saber. PAUSA. Y el conejo corre. Se va perdiendo. Muy pronto ya no sabe donde está, ni qué hora es. Porque allá abajo nada se sabe nunca. Creánme hermanos, que tan difícil es saber en ese descampado o basural que otros le llaman selva y otros mundo y otros la biblioteca, pero esos son los más cojudos y ni vale la pena meterse con ellos, que tan difícil es saber la hora como el lugar en este mundo de mierda, que se mueve como un pinche trompo en el universo, como un pinche trompo descontrolado que nadie sabe a dónde va. Y así le sucedió al sol. Fíjense ustedes- el sol sintió miedo un día por el número de los hombres. Ya tantos eran que no iban a caber y entonces el sol ordenó a los hombres atravesar un gran río por una pasarela hecha de una madera muy frágil. Como era de esperarse el tronco se rompió y todos los hombres perecieron. Perecieron ahogados. Los gritos de terror se oyeron por horas. Pero el sol se hacía el pendejo. Se hacía el que no escuchaba. Y ese hubiera sido el fin del mundo. Así sin más. Si no fuera porque un hombre

llamado Bokodori, que cojeaba de una pierna, la derecha o la izquierda, eso no lo sé, llegó tarde y se salvó. Y se quedó Bokodori sólo en el universo. “Ay, qué desgracia la mía”, pensaba este Bokodori, ser el último hombre. Y lloraba como un guagua, propiamente. Y fijense hermanos que este llanto, este último llanto del último hombre, este llanto sí lo escuchó el sol. Y lo perturbó. Y pensó el sol: los dioses son unos verdaderos hijos de puta. Y dijo el sol: renuncio, carajo, ya no quiero saber más nada. Pongan a otro en mi lugar. Y entonces se reunieron los dioses. En Nueva York, se juntaron, o en Tehotihuacán, lo mismo da. Y dijeron los dioses: ¿Y ahora? ¿Y ahora qué? PAUSA. Tenemos entonces tres peregrinos. El conejito, el sol y el llamado Bokodori. Sus caminos van a cruzarse. Hay un cuarto peregrino. Para conocerlo tenemos que hundirnos más en la mierda. Todavía un poco más. Abrir un hueco en la tierra. Y allí vamos: un hueco en la tierra que conduce al país de los muertos. Y meternos en la tierra de los muertos. Sentado en un trono está el rey de los muertos. Y se aburre. Cómo se aburre el cabrón. No sabe ya qué hacer. Llama a su siervo entonces y le dice: COMO EL REY DE LOS MUERTOS. Siervo, obedéceme. COMO EL SIERVO. Sí, señor, dime señor. COMO EL REY DE LOS MUERTOS. Quiero amar a una mujer. COMO EL SIERVO. Sí, señor mío, ama. El hombre que ama a una mujer olvida penas y males. COMO EL REY DE LOS MUERTOS. No, siervo. No voy a amar a una mujer. COMO EL SIERVO. No ames, señor mío. No ames. La mujer es un pozo. La mujer es una daga de hierro bien afilada que le corta el cuello al hombre. COMO EL REY DE LOS MUERTOS. Dime siervo ¿Qué cosa es la mujer? COMO EL SIERVO. La mujer es un jaguar. La mujer es un sapo. La mujer es un hueco en el mundo por el que los hombres caen y ya no pueden regresar, señor. Se pierden en el interior de la mujer. COMO EL REY DE LOS MUERTOS. Yo quiero conocer a una mujer, siervo. Tráeme una mujer. Déjame verla. COMO EL HOMBRE. Y el siervo dice: COMO EL SIERVO. Sí, señor. Claro, señor. Sus deseos son órdenes. COMO EL HOMBRE. Y entonces aparece una mujer. Y creánme hermanos que el infierno entero se conmueve. Ella es tan hermosa

que la noche se hace luz. Y el rey de los muertos, Mictlantecuhtli, o como quiera que se llame, cae rendido a sus pies COMO EL REY DE LOS MUERTOS. ¿Serás mía, mi reina? - COMO EL HOMBRE. Dice él. Y ella sonrío. Y la corte del rey de los muertos se estremece. Se van arrimando poco a poco, atraídos por su inmensa belleza: COMO LA CORTE DEL REY DE LOS MUERTOS. Tómala, señor. Poséela. Déjanos ver. COMO EL HOMBRE. Y el rey de los muertos: COMO EL REY DE LOS MUERTOS. quítate la ropa, mi reina. Déjanos ver. COMO EL HOMBRE. Ella sonrío. Hace un leve movimiento con sus manos. Su camisa se



desprende y deja ver un ombligo resplandeciente como la claridad de la luna. Sus caderas miden cuatro palmos. Sus senos son alegres como el atardecer. Y la corte repite: COMO LA CORTE DEL REY DE LOS MUERTOS. Más. Queremos ver más. COMO EL HOMBRE. Y el rey de los muertos: COMO EL REY DE LOS MUERTOS. Muéstranos más mi reina. Déjanos ver. COMO EL HOMBRE. Ella sonrío. Se quita las bragas. Y su olor es más fresco que el de la flor del cactus. Y sus pies son como pétalos de delicado rubor. Ya está por fin desnuda. Y la corte repite: COMO LA CORTE DEL REY DE LOS MUERTOS. Más, queremos ver más. COMO EL HOMBRE. Y el rey de los muertos: COMO EL REY DE LOS MUERTOS. Muéstranos más mi reina, déjanos ver. COMO EL HOMBRE. Ella dice, consternada: COMO LA MUJER. No hay más señor. He aquí mi cuerpo. ¿No es suficiente? COMO EL HOMBRE. Y el rey de los muertos: COMO EL REY DE LOS MUERTOS. Sin duda que no es

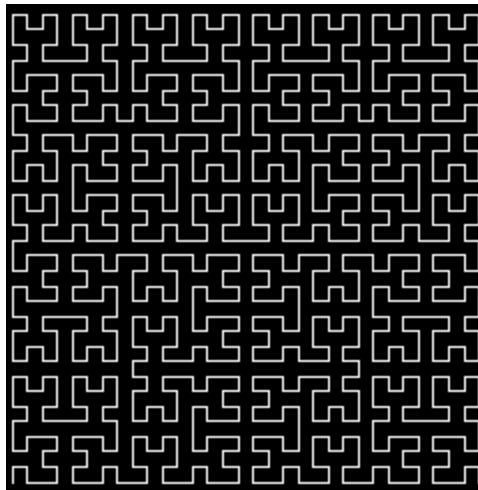


suficiente. Muéstranos más mi reina. COMO EL HOMBRE. Ella responde: COMO LA MUJER. No hay más señor. Ya soy toda para tí. COMO EL HOMBRE. Y el rey de los muertos grita, casi llorando grita: COMO EL REY DE LOS MUERTOS. Me tienes en tus brazos, reina mía. Oh, cuanto te amo. Déjanos ver. COMO EL HOMBRE. Y la corte grita: COMO LA CORTE DEL REY DE LOS MUERTOS. Más. Queremos ver más. COMO EL HOMBRE. Y el rey de los muertos: COMO EL REY DE LOS MUERTOS. Quítate la piel. COMO EL HOMBRE. Ella se asusta. Retrocede unos pasos. Mictantecuhtli la toma entonces entre sus brazos. Embriagado la besa. Y comienza a arrancarle a tiras la piel. Los mamones de la corte se estremecen. Pelan la verga y dicen: COMO LA CORTE DEL REY DE LOS MUERTOS. más. Queremos ver más. COMO EL HOMBRE. La mujer se retuerce, grita, entre los brazos del señor de la muerte que le va desollando el cuello, el rostro, la espalda mientras repite: COMO EL REY DE LOS MUERTOS. Muéstranos más, mi reina. COMO EL HOMBRE. Y la corte repite: COMO LA CORTE DEL REY DE LOS MUERTOS. más. COMO EL HOMBRE. Y Mictantecuhtli le desgarrar la carne e intentando llegar al fondo del misterio, intentando apresar los últimos impulsos electricos que recorren el cuerpo destrozado, rompe en astillas sus huesos. La sangre corre a borbotones. La corte masturbándose grita: COMO LA CORTE DEL REY DE LOS MUERTOS. más. COMO EL HOMBRE. Y Mictantecuhtli quiere más. Se ensaña con las visceras que se deshacen entre sus brazos y separa en hebras las arterias, las venas. Y la corte grita, eyaculando grita: COMO LA CORTE DEL REY DE LOS MUERTOS. más. COMO EL HOMBRE. Y el rey de los muertos dice: COMO EL REY DE LOS MUERTOS. muéstranos más mi reina. Más. COMO EL HOMBRE. Pero ya no hay nada que ver. Y otra vez: COMO EL REY DE LOS MUERTOS. Más. Quiero ver más. COMO EL HOMBRE. Y el siervo: COMO EL SIERVO. Ya no, señor. No hay más nada que ver. PAUSA. COMO EL HOMBRE. Y entonces el rey de los muertos dice: “esto no puede ser”. Y comienza a sufrir. Como si le hubieran metido una daga en el culo, sufre el muy cabrón. COMO EL REY DE LOS MUERTOS. Siervo, estoy sufriendo. COMO EL SIERVO. Ya lo sé, señor. Ciertamente que lo sé. COMO EL REY DE LOS MUERTOS. Siervo

¿Qué significa esto? ¿Cuál es el puto sentido de todo esto? Esta angustia. Este dolor. COMO EL SIERVO. Eso, señor, ya no lo sé. COMO EL REY DE LOS MUERTOS. ¿Quiénes lo saben? COMO EL SIERVO. Supongo que los dioses, señor. COMO EL REY DE LOS MUERTOS. Me voy a ver a los dioses, siervo. COMO EL SIERVO. Como quiera, señor. Sus deseos son ordenes. No olvide cerrar la puerta. COMO EL HOMBRE. Y así se marcha el rey de los muertos. Comienza a andar. Y en el camino que lleva al mundo se topa con dos periodistas. Se han perdido en este desierto o bosque o descampado donde las fuerzas policiales de tres o cuatro países se dedican a sodomizarse como dios manda. Y un poco aburridos de tanto milico maricón se sientan a fumar un porro. ENCIENDE UN PORRO. MIRA EL HUMO RETORCERSE EN EL AIRE Y CEDER. COMO EL PRIMER PERIODISTA. ¡Puto calor! - ¿Usted ha estado en la guerra compadre? COMO EL SEGUNDO PERIODISTA. En tantas, compadre, que ni se imagina. COMO EL PRIMER PERIODISTA. ¿Ha estado en Líbano? COMO EL SEGUNDO PERIODISTA. Y en Beirut. Y en Guatemala. COMO EL PRIMER PERIODISTA. ¿Y cuál ha sido, a su juicio, la guerra más pendeja? COMO EL SEGUNDO PERIODISTA. Honduras contra el Salvador, compadre. COMO EL PRIMER PERIODISTA. ¿Y la más cruel? COMO EL SEGUNDO PERIODISTA. Liberia, compadre, sin duda que Liberia. COMO EL PRIMER PERIODISTA. ¿Y el más hijo de puta de los dictadores? COMO EL SEGUNDO PERIODISTA. No sabría decirle eso, compadre. Puedo en cambio decirle quién era el más cagado, el más culero, el que más me hizo reír. COMO EL PRIMER PERIODISTA. ¿Y quién era ese, compadre? COMO EL SEGUNDO PERIODISTA. Stalin. COMO EL PRIMER PERIODISTA. ¿Stalin? COMO EL SEGUNDO PERIODISTA. Stalin, compadre. Ese hombre era un bromista como hubo pocos en el mundo. Le voy a decir más: no hubo ninguno como él. Yo le conocí en su cumpleaños, poco antes de morir, cuando fue lo de la conspiración de los médicos. Los que le rodeaban hacían fuerza para no temblar. Pero Stalin, iba y venía diciendo: IMITANDO A STALIN. Doctor, ¿cómo salió la operación? - ¿Operación? ¿No era una autopsia? COMO EL SEGUNDO PERIODISTA. Y reía. Y todos se veían obligados a reír. Algunos lloraban de la risa,

aunque cabe pensar que no era de risa que lloraban. Y seguía: IMITANDO A STALIN. Doctor, el paciente quiere hacerle juicio por mala praxis. - ¿Cómo? ¿Sobrevivió? COMO EL SEGUNDO PERIODISTA. Y vuelta a reír. IMITANDO A STALIN. ¿Sabe qué es peor que un médico? Pues un médico judío. ¿Y peor que un médico judío? Un médico judío ruso. ¿Y peor que un médico judío ruso? Eso nadie lo sabe. Y el que lo sabe está muerto. COMO EL SEGUNDO PERIODISTA. Y todos contenían la respiración, porque no sabían si era que estaba contando un chiste francamente muy malo, o si estaba diciendo una verdad trascendental que había que apuntar y repetir luego en los libros escolares o si se trataba de un mensaje en clave que algún agente de la MVD o de la MGB se encargaría de descifrar. Y Stalin, dándose cuenta, no se reía esta vez, dejándonos a todos sin saber qué hacer. Y eso a Beria lo ponía loco. Lo sacaba de quicio. Y Malenkov y Bulganin se miraban aterrorizados. Yo lo vi tendido en su lecho de muerte ¿sabe? Yo lo veía abrir y cerrar los ojos. Mientras dormía Beria lo insultaba: VIOLENTO. IMITANDO A BERIA: ¡Morite hijo de remilputas! - COMO EL SEGUNDO PERIODISTA. - le gritaba y al despertar le decía: IMITANDO A BERIA. SINCERO. TRISTE. CASI LLORANDO. La patria lo necesita, señor. Usted tiene que salvarse, señor - COMO EL SEGUNDO PERIODISTA. - y otra vez a gritarle: IMITANDO A BERIA. CON ODIOS INFINITOS. Ojalá te mueras, viejo apestoso, hijo de un vagón de putas viejas y tristes, ojalá se te tapone el culo y te ahogue tu propia mierda. COMO EL SEGUNDO PERIODISTA. Y así estaba la cosa. Entonces el líder abre los ojos. La historia es conocida. Lo que no se sabe, lo que nadie dice es cuáles fueron sus palabras. Palabras brillantes, compadre. IMITANDO A STALIN CONVALECIENTE. COMO STALIN EN SU LECHO DE MUERTE. Pronto, pronto, estaré muerto ¿Y la revolución, dirán? ¿Qué pasa con la revolución? Yo les voy a decir cuatro palabras sobre la revolución: revolución es el movimiento de un móvil que recorre una curva cerrada y vuelve al punto de partida. Eso es todo lo que se debe saber. Ustedes me preguntarán- eso - Tose. Me preguntarán ustedes cuál es el estado de esa curva. De qué clase de cur-curve

estamos hablando. Ay, Visarionovich, dirán ustedes... TOSE. TOSE OTRA VEZ. ..dirán-dirán. ¿Qué clase de curva es esa? ¿Qué clase de curva es la curva de clase? No es una senoide. No es una catenaria. No es una curva de Hilbert, no. Aunque bien podría ser. Pero esta es una curva de otro tipo. Una curva enloquecida. Una curva vertiginosa, que no para de cambiar de dirección. Una curva cuyo perímetro no supieron calcular ni Aleksandrov ni Kolmogorov, ni todos los matemáticos reunidos en la Komarovka, y me hicieron enojar, por eso- TOSE. Por eso me enojé también. Una cur-cur-curva. Un cubo-bucle. Ni más ni menos. Cae la nieve.



Qué triste me hacen sentir todas esas curvas. Pero especialmente esa cur-curva que recorre la unión soviética, como un río-raíz. Como el Nieva, como el Dnieper, como el Volga. Ay, amigos. Esa cur-curva hacía llorar a Lobachevsky. Y a la Kovalévskaya. Esa curva atraviesa de palmo a palmo la lengua rusa, lo mismo que las lenguas- PRONUNCIA CON ESFUERZO. - Ugra... Niana – Bie... Lorrusa – Uz... Uz... Be... Ka-ka... Zaja – Geor... Giana – Ar... Menia – Esto... Niana – Le... To... Na – Le.. le... Li... Tua... Na – Mol... Mol... Dava – Tár... Tar... Tar... Tara – Azer... Ba... Ba... Idzhana – Bash... Ki... Ra... Raaaa – Turk... Me... Me... Mena PAUSA. CIERRA LOS OJOS. TRAGA SALIVA CON ESFUERZO. Eso. No más que eso. Anoche vi al diablo. No tenía una forma infernal. No era un macho cabrío andando a dos patas. Era como mi madre. Era Yakob, que se

había cagado encima y estaba todo chamuscado. Era Hitler. Era Hitler entristecido. CANTANDO. COMO STALIN IMITANDO A HITLER. Der Himmel nicht die Erd umgeht / Wie die Gelehrten meynen / Ein jeder ist seines Wuuuurms gewiss / Stalin des seinen. COMO STALIN. Y pronunciaba: COMO STALIN IMITANDO A HITLER. Wuuuuurms. Wuuuuuuuuuuuuurms. COMO STALIN. Y me miraba con cierto reproche. Después se sumaron Churchill, Tito y Mao. Y los tres se burlaban de mí. Hitler había ido al baño. Y Churchill cantaba CANTA IMITANDO A CHURCHILL. Hast thou the pretty woorm of Nilus there, / That kills and pains not? COMO STALIN. Y pronunciaba: IMITANDO A CHURCHILL. woooooorm. Wooooooorm. COMO STALIN. Y “Nihilum” en lugar de “Nilus”. Pero era el diablo, camaradas. Era el diablo. Eran tres en uno. O cuatro. O seis, contando a mamá y a Yakob. Eran muchos más, creo yo. Unos cuantos millones de diablos. Unos varios millones de diablos muertos de frío. Se me acercaron todos y al oído... TOSE. APENAS PUEDE TRAGAR SALIVA. Al oído me susurraron: I wish you joy of the worm. No sé por qué en inglés. No sé. Y en seguida: Hell is Yalta. El infierno es Yalta. Yalta. La curva. Eso. Eso es todo. PAUSA. SALIENDO LENTAMENTE. COMO EL SEGUNDO PERIODISTA. Lo que dijo después es conocido, compadre. Pero estas palabras no me las voy a olvidar más. COMO EL PRIMER PERIODISTA. Me deja mudo – COMO EL SEGUNDO PERIODISTA. Es como le digo. COMO EL PRIMER PERIODISTA. Pues yo le voy a decir cuál es el más hijo de puta de los hijos de putas que me tocó entrevistar ¿quiere saber? COMO EL SEGUNDO PERIODISTA. Me tiene en ascuas. COMO EL PRIMER PERIODISTA. Stephen Hawking. COMO EL SEGUNDO PERIODISTA. ¿El científico? COMO EL PRIMER PERIODISTA. Como le digo. COMO EL SEGUNDO PERIODISTA. ¿El de la silla de ruedas? COMO EL PRIMER PERIODISTA. ¿No sale de su asombro, verdad compadre? VUELVE A ENCENDER EL PORRO. DA UNA EXTENSA PITADA. Lo entrevisté en Oxford. En su casa de Oxford. Detrás de un pizarrón repleto de ecuaciones. El bato me hablaba a través de un aparatito sin mover los labios y me miraba a los ojos, el cabrón, me miraba a los ojos a través de sus lentes mientras el aparatito de mierda hablaba sobre

los agujeros negros y sobre el asunto ese del gato que a la vez está vivo y a la vez muerto, eso mientras nadie lo mira, un poco como cada uno de nosotros. SACA UN PEQUEÑO ALTAVOZ. SE RECUESTA SOBRE EL SILLÓN IMITANDO A STEPHEN HAWKING Y UTILIZANDO EL ALTAVOZ DICE: ¿Quién sabe si en este momento no crece un cáncer en mi cuerpo y quién sabe si me habré de saltar la tapa de los sesos en la próxima media hora? COMO EL PRIMER PERIODISTA. Me decía el aparatito y proseguía: CON EL ALTAVOZ. Un sistema formal se compone de ciertos elementos y ciertas reglas predefinidas, que pueden llevar a modelos más y más complejos, la pregunta es si todo caos puede ser reducido a un sistema formal o si cualquier sistema formal se ve afectado tarde o temprano por el caos. COMO EL PRIMER PERIODISTA. En ese momento compadre, en ese momento pensé: este hijo de puta esconde algo. Este sabe algo que nosotros no sabemos. Sabe algo que no dice. Se está guardando una verdad. Y no es una verdad menor, no señor. Este se calla algo importante. Y entonces, no le miento, mientras el aparatito seguía diciendo: CON EL ALTAVOZ. Pero si en todo caos subyace un orden oculto o si todo orden esconde el caos, ¿en dónde nos detenemos, dónde nos paramos nosotros para entender el mundo? COMO EL PRIMER PERIODISTA. Escucho una vocecita en mi cabeza que me dice: “tú sabes que todas estas son puras mamadas ¿verdad?” Le juro, compadre, se lo juro por mi madrecita que el tipo me estaba hablando con la mente, con la pura mente. Y EL OTRO PERIODISTA DICE: No joda. Y EL PRIMERO: No le miento. Me cague de las patas. Me cague de las puras patas. Y el aparatito seguía: CON EL ALTAVOZ. ¿En dónde nos ubicamos los seres humanos para poder decir con palabras o fórmulas, lo mismo da, qué cosa es ese llano o descampado que se extienden infinito hacia adelante o ese basural que hacia atrás se reproduce y que sigue acumulando porquerías o este pantano en donde todo parece que fuera a descomponerse? COMO EL PRIMER PERIODISTA. Mientras la vocecita en la mente me decía: “Einstein era un imbécil. Y Newton y Galileo y Kepler, aunque Kepler un poco menos que Newton y Galileo, eran unos

imbéciles también. Y Schrödinger era un imbécil. Heisenberg también era un imbécil. Y Dirac y Max Planck y Maxwell e incluso Riemann, otros tanto imbéciles. Sólo hubo uno que no fue un imbécil. Uno que vio la verdad. Y escribió un libro. Y los que leyeron ese libro fueron unos imbéciles que no supieron entenderlo. O se hicieron los mamones. Como te estás haciendo tú ahora el mamón, como si no supieras de lo que estamos hablando en realidad, de lo que aquí se dice”. Pero el aparatito continuaba rumiando indiferente: CON EL ALTAVOZ. Hasta lo que sabemos este llano, este terreno infinito, esconde un sistema de galerías que se conectan o se entrecruzan en donde cualquier conejito blanco podría hundirse hasta desaparecer o hasta encontrarse consigo mismo al cabo de las horas. COMO EL PRIMER PERIODISTA. Y al tipo no se le movía una ceja, compadre, me seguía mirando fijo a los ojos mientras la vocecita: “No te hagas el imbécil tú también. Lo que se juega acá es el destino del mundo. El destino del universo. Tú sabes que todas las guerras están unidas o entrelazadas, que toda la mierda del mundo sale de un mismo lugar. Tú sabes quién era ese hombre”. Y entonces a la primer vocecita se le superpone una segunda vocecita, mucho más agresiva que dice: AMENAZADORA. “No lo escuches a este. No sabe lo que dice. No sabe nada”. Y la primer vocecita: “Euclides era un imbécil elemental. Gödel y Fermi eran dos imbéciles, pero menos imbéciles que Konrad Lorenz y Carl Gauss”. Y la segunda vocecita: “¿No te das cuenta de que nos estamos hundiendo? Todo se hunde. Todo está en descomposición”. Y la primer vocecita seguía: “Euler era un imbécil funcional. Eratóstenes era un imbécil redondo. Agustín fue el patriarca de los imbéciles”. Y la segunda vocecita: MÁS VIOLENTO. GRITA. “Despiertate culero. Despierta ya de una vez. ¿No te das cuenta de que es una trampa? Todo esto es una trampa”. Y la primer vocecita: “Eudoxo era un imbécil astronómico. Hubble era un imbécil telescópico. Bohr era un imbécil cuántico. Pero hubo uno que no. Uno sólo. Tú sabes quién es”. Y en ese momento se callaron las voces. Todo quedó en silencio. DESPACIO. CON MIEDO. El

tipo se había quedado dormido, compadre. O le había dado un ataque. Qué se yo. Pero lo más curioso, ¿sabe qué fue lo más curioso? Que el aparatito seguía hablando. EL OTRO PERIODISTA DICE: ¡Carajo! Y EL PRIMER PERIODISTA: Se lo juro, compadre, se lo juro por el principio de exclusión de Pauli. El aparatito me hablaba y decía: EL ALTAVOZ HABLA POR SÍ SÓLO. Usted debería de conocer una historia. Escuche con atención. Los dioses estaban reunidos en Nueva York o en Tehotihuacán. Y se preguntaban los dioses: Ahora que el sol se ha ido ¿Quién hará amanecer? ¿Cómo le haremos? Decían los dioses, ¿Cómo se habrá de hacer? Eso decían mientras el sol caminaba por un terreno llano, un desierto cuyo horizonte no parecía tener fin, sembrado curiosamente de cadáveres de mujeres, niños, viejos, algún que otro perro, cadáveres que esperaban ser habitados y entre esos cadáveres encuentra el suyo propio. Y resulta ser que es un agujero negro. Usted sabe, en el centro de cada galaxia hay un agujero negro, un inmundo pozo lleno de nada y que sin embargo pesa mil millones de veces más que el sol. Y todo gira en torno a ese sol muerto, infinitamente pesado. Tan pesado que el espacio se hunde a su alrededor. Escúcheme lo que le digo. Todo gira en torno a ese espacio vacío. Ese es el secreto del universo. El resto es pura mierda. Si los dioses supieran. Pero por lo general no saben nada, los dioses. Ni se enteran. Así que el sol se encuentra con su propio futuro cadáver. Un agujero negro radiactivo, en medio del desierto. Y se arroja en su propio cadáver, el sol, comienza a caer. Y mientras cae dice: COMO EL SOL. ¿Ha caído usted, señor, señora, por un agujero negro? Lo que es caer, caer, ¿sabe? Caer, caer, por un agujero negro. Es como caer, caer. SE RÍE. Por un tobogán. Por un tobogán acuático que no termina nunca. Nunca termina el tobogán, se ramifica en otros toboganes. Pero señor, señora, no. Eso no es un tobogán. Es su propio cuerpo. Usted ¿sabe? Ha caído por su propio cadáver ramificado en infinitas extensiones. Se siente eso, como un agujero, propiamente como un agujero negro. Como el tronco mismo de la angustia. De la angustia resquebrajada en partes diversas. En partes que lloran.



Y se acaba todo en un punto. No se acaba la caída, no termina uno nunca de caer, caer, señor, señora, caer, caer. Simplemente se acaba todo lo demás. Pero caer, caer no se acaba. No. Eso no se acaba así nomás, de ningún modo. PAUSA. Y ahora que estamos aquí, cayendo, dejeme decirle otra cosa, señor, señora, dejeme decir que yo fui sol una vez. El mismísimo puto sol que lo alumbraba todo y todo lo hacía crecer, y el pinche universo loco giraba a mi alrededor. O eso me parecía. O eso creía yo. Y me cansé. Así le digo. Me cansé de la muerte, de la vejez, del hastío, me cansé del silencio y del ruido, me cansé de todo. Tuve mujeres,



me enamoré, me las cojí a todas, dejé hijos por todo el universo conocido. Me cansé de este caer, caer, interminable. Y me marché. En el camino vi cosas, señor, señora, cosas que nadie debería ver, ni siquiera un sol, un sol que lo ha visto todo. Pero todo todo. Y caminé por un desierto sin sol, por un desierto donde, claro, faltaba yo. Y así llegué a una encrucijada de cuatro caminos. Y en esa encrucijada, señor, sí señor, sí señora, vi una mujer, una mujer muerta, reseca, se la comían los buitres y junto a la mujer un mocoso que tenía, qué, poco más de dos años, medio reseco también, pero vivo. Estaba vivo el escuinle, el guagua, el mocoso estaba respirando. Se resistía a morir. Primero pensé en hacerme el pendejo. Después pensé en darle una patada en la cabeza. Y

entonces me vino a la cabeza una idea. Me dije: yo lo salvo. Me dije: este niño no se me puede morir. Y se me vino a la cabeza esta idea loca, loca, señor, señora, de salvar al infante, no por compasión, pues ustedes saben, cuando uno ha sido sol toda la vida y ha visto tantas cosas, cosas que nadie, ni siquiera un sol pequeño, entre tantos soles de tamaños considerables, cosas que ni siquiera un sol pequeño debería ver, cuando uno ha visto esas cosas, ya no puede sentir compasión. Pero qué, dirá usted, por qué entonces este afán de salvar al pequeño medio muerto junto al cadáver muerto del todo de su madre. No sé. No sé qué me dio. Compasión no era. Pero le quise salvar. Así que lo tomo en brazos y comienzo a caminar por el desierto o descampado que se extendía infinito hacia los cuatro costados. Me fascinaba, debo decirlo, que una cosita tan pequeña, que una mierdita tan insignificante pudiera aferrarse tanto, pero tanto, tanto a la vida. Acá hay algo grande, pensé yo, que, como le digo, lo he visto todo. Acá hay algo misterioso. Pensé entonces en la probabilidad de que, en un desierto infinito, sembrado de muertos, un niño pudiera sobrevivir. Pensé en la probabilidad remota o nula de hallar un oasis en la próxima media hora. Pensé en que vaya dios de mierda era yo si no podía salvarle la vida a un niño, a un sólo niño. Pensé en la posibilidad de toparme en ese momento con un genio maligno capaz de concederme tres deseos. Pensé en que si así fuera mi primer deseo sería salvarle la vida al niño. Pensé en que mi segundo deseo sería romperle el culo al genio maligno. Pensé en que mi tercer deseo, sería, satisfechos los dos primeros, que nunca cosa alguna hubiera existido sobre la faz de la tierra. Que nada hubiera existido nunca, ni yo, ni el niño, ni el mismo genio maligno, ni usted, señor, señora, ni nada de nada. Y así pensaba, señor, señora, así pensaba dentro de mi propio agujero negro, uno pequeño en comparación con los agujeros negros bestias que duermen en el centro de las galaxias. Y pensé que ese último deseo era el deseo más importante que nadie hubiera deseado nunca. Mientras el niño respiraba con dificultad y ardía de fiebre en mis

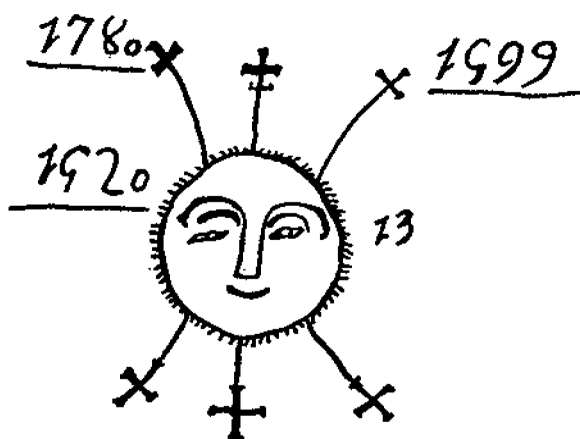
brazos. No vayas a morirte tú, le decía yo al niño, no vayas a morirte, cabroncito. Y en algún lugar de ese desierto, sabía yo que estaba el genio maligno, cagándose de risa, puesto que la probabilidad de que en aquél desierto infinito encontrara yo la botella que habitaba, era casi nula. Pero también, pensé, era casi nula la posibilidad de que hubiera habido universo, vida, pensamiento, lenguaje, conciencia de ser, la posibilidad de que hubiera habido algo más bien que nada, entre todas las posibilidades, había sido insignificante alguna vez. No te me mueras, bato, resiste, le imploraba yo al niño. Piensa, le decía, como si pudiera entenderme, piensa que quizás tú y yo no somos más que ideas en la mente enferma del genio maligno o en la mente de algún científico loco conectado a una computadora. Eso no nos hace menos reales, claro. Eso no hace que yo no desee salvarte la vida como si nada más importara en el mundo. Y se preguntará usted, señor, señora, si al final pude salvar al niño o si el cabroncito se murió en mis brazos. Y eso es algo que no voy a responder. Oh no, señor, señora, no podría yo responder jamás a una pregunta semejante. No es egoísmo. No es estupidez. No es una falta de consideración por mi parte. Es otra cosa, créame, amigo mío, amiga de mi alma, créame que es muy otra cosa. Sucede en este caer, caer, en este desierto, en este vado o descampado en el que camino, que la posibilidad de salvarle la vida al niño desfalleciente aún para un dios como yo, para un dios más bien pedorro como parezco ser, es nula o remota. Pero existe. Créame que existe. Y mientras siga hablando, así como lo hago ahora, mientras siga hablando y cayendo por esta suerte de tobogán acuático vertiginoso, por esta curva que pasa por los puntos más inverosímiles del superespacio, donde están contenidos todos los instantes de todos los mundos posibles, mientras siga hablando seguirá vivo. Mientras no abra la caja para ver si el gato, mientras no deleve la incógnita, mientras no llegue al final de la historia, el niño seguirá vivo, desfalleciente entre mis brazos. Así de simple. Y eso no lo puede alterar el genio maligno,

por cuyo desierto camino, aún siendo yo tan pequeño, un sol pequeño en comparación con otros soles, o en comparación con el genio maligno que contiene en la palma de su mano todos los soles y todos los mundos y todos los universos. Y así caminé con el niño entre mis manos. Y así llegué hasta lo que parecía ser un oasis. Pero no era un oasis. Era más bien un pantano en el mismo culo del mundo, en el exacto orificio rectal del universo. Y allí encontré cosas dignas de mención, señor, señora, encontré por ejemplo, dos periodistas que charlaban de cosas misteriosas, y andaban gritando que se cagaban en Ilya Prigogine y en las ecuaciones de Wheeler y DeWitt y en Poincaré y en Mandelbrot y en la madre de Eisenhower – sin que supiera yo qué relación unía a éste con los anteriores - y habían llegado a la conclusión de que el mundo entero estaba sumido en una enorme conspiración – una conspiración gigante frente a la cual el resto de las conspiraciones palidecían como conspiraciones enanas - y exaltados, pronunciaban un único nombre, un único nombre que no diré ahora, pero que usted, señor, señora, llegará a saber en su momento y decían o más bien gritaban: ése, ése es el cabrón que lo supo todo, gritaban exaltados. Encontré también al rey de los muertos que observaba a los periodistas con algo de tristeza y con algo de tristeza reemprendía su camino soñando con una mujer. Y en su sueño se preguntaba el rey de los muertos: COMO EL REY DE LOS MUERTOS. Was will das Weib? ¿Qué quiere en el fondo la mujer? COMO EL SOL. Y frente a ese misterio sublime – frente al cual los demás misterios palidecían como misterios enanos – el rey de los muertos se quedaba absorto. No tenía nada que decir. Y así caminando, rodeaba una montaña y llegaba a Nueva York o Tehotihuacán donde los dioses le daban vueltas al asunto de encontrar un nuevo sol. ¿Cómo le haremos? Decían allí los dioses. ¿Cómo se habrá de hacer? Habían encendido un gran fuego y se preguntaban qué clase de dios sería tan estúpido como para arrojarse por su propia voluntad. Quién tendría los cojones. Y entonces aparece el rey de los muertos, Mictantecuhtli o como se

llame aparece y dice: Yo lo haré. Y los dioses aprueban. ¿Quién más, preguntan? Y aparece Bokodori. El último hombre. El hombre más triste e infeliz del mundo. Viene caminando por la carretera, sumido en la oscuridad. Tú serás. Le dicen a Bokodori. Y Bokodori, que apenas puede contener las lágrimas dice sí, claro, sí. Y agrega: COMO EL HOMBRE MÁS TRISTE E INFELIZ DEL MUNDO. A PUNTO DE LLORAR. Por el camino vi un conejito. Venía huyendo de quién sabe qué cosa. Le quise preguntar. Pero no lo alcancé. Me perdí. Había túneles bajo la tierra. Pozos. El mundo estaba hueco. Se oían voces. Como si hubiera mucha gente. Y no encontraba la salida. MUY CONMOVIDO. Caminé mucho rato. Al final llegué a un pantano, a la orilla de un basural, al costado de un gran desierto o descampado. No sé decir qué era más real. Si el basural que se extendía infinito hacia atrás o el desierto que se proyectaba interminable hacia adelante. O el pantano cuyos límites eran más bien difusos. No sé cuál era más real. En el pantano había una fiesta. Dos policías se estaban enculando duro. Habían matado a un cerdo y ahora estaban cojiendo. No pude evitar escuchar lo que decían. PAUSA. MUY CONMOVIDO. Decían: “para la felicidad, nada en el cosmos está preparado”. PAUSA. No pasó mucho rato y el primer policía agregó: COMO EL PRIMER POLICÍA. Yo soy el hombre más infeliz del mundo. COMO EL HOMBRE MÁS TRISTE E INFELIZ DEL MUNDO. Pero el otro le respondió. COMO EL SEGUNDO POLICÍA. No, colega, no es así. Yo soy, sin duda, el hombre más infeliz del mundo. COMO EL PRIMER POLICÍA. Créame, colega, que a nada pueden compararse mis desgracias. COMO EL SEGUNDO POLICÍA. Oh, no, colega, amigo, si yo le contara mis sufrimientos estaría de acuerdo conmigo. COMO EL PRIMER POLICÍA. Déjeme que le cuente yo. COMO EL SEGUNDO POLICÍA. Cuénteme entonces. COMO EL PRIMER POLICÍA. Usted no va a querer creerme colega. Pero esto de veras me sucedió. Sabe usted cómo quiero a mi hermano. COMO EL SEGUNDO POLICÍA. No me caben dudas, colega. COMO EL PRIMER POLICÍA. Entonces déjeme que le cuente. Yo a mi hermano lo quiero con el alma. Pero mi cuñada es una puta. Así como le digo. Yo no iba a ser el que le amargara la

vida a mi hermano diciéndole que la concha de su mujer estaba más usada que el número PI. Más gastada que la mecánica clásica. No. Yo no iba a ser ese. Pero tenía que hacer algo. No podía quedarme sentado. Pensé en darle una paliza a la muy puta. Pensé en darle un buen susto. Marcarle el cuero a cinturonzos. Por eso me fui hasta la casa y nomás llegar noté algo raro. Un no se qué extraño. Ella me atendió como si me esperara. Había olor a pastel recién cocido. Un olor sabroso, dulzón. Yo no le voy a mentir colega. Mi cuñada es una yegua. Tiene unas tetas que parecen de otro planeta. Y un culo, qué quiere que le diga, sideral, astronómico. Mientras comía un trozo de pastel le miraba el culo, por lo bajo. Y ella como que me provocaba. Pero qué puta, pensaba, qué puta es. ¿Para qué se la voy a hacer larga? Le toqué una teta. La otra. Y ya le enchufé la verga en la boca. Y ya la tenía subida encima mío. Y entonces sucedió lo impensado colega. Mientras me cabalgaba con una fuerza inesperada – al punto de que temía por mi verga – ésta me va a quebrar la verga pensaba – escucho gemidos. Gritos de dolor. Y veo aparecer, arrastrándose por el suelo, a mi propio hermano. Se arrastraba como un gusano, dejando una estela de sangre y gritaba: “¡Oh, hermano! ¡Oh, hermano! ¡Esa mujer me ha cortado la pierna con un hacha! ¡Mátala! ¡Mátala!” Es una ilusión pensé. Qué le puso al pastel esta hija de puta. Pero la ilusión o mi hermano seguía gritando y la muy perra se me estaba encima cojiéndome con una fuerza extraordinaria. No podía escapar de entre sus muslos. Y mi hermano que decía: “¡Oh, hermano! ¡Oh, hermano! ¡Te has comido mi pierna! ¡Esa mujer ha hecho con mi pierna un pastel!” Pero yo no podía ni pensar. Ni atinar a vomitar. Que para qué, si ya me lo había comido y estaba riquísimo. En tanto mi cuñada seguía cabalgándome y haciéndome ver las estrellas. Tanto que me desmayé. Me desmayé del puro placer. Y al despertar, colega, no encontré a mi hermano. Ni a mi cuñada. Ni rastros de sangre había. Los busqué en todas las morgues de todos los hospitales de la ciudad. Y nada. No volví a saber de ella. Ni de él. ¿No le parece

ahora colega, que soy yo el más desgraciado de los hombres? Como EL SEGUNDO POLICIA. No quiero ofenderle, colega, pero creo que cuando escuche mis sufrimientos cambiará de opinión. Yo estuve casado una vez. Ella era tan hermosa como una mañana de otoño, como el sonido del agua en un jardín, como la axiomatización de Church del cálculo proposicional. Sus caricias eran la miel de la mañana. Para qué la sigo. Se murió. Es lo que siempre sucede en estos casos. Se murió y me quedé sólo. No le puedo explicar el tamaño de mi tristeza. Apenas podía respirar, colega. No acertaba a levantarme de la cama. Caminar era algo inconcebible. No le



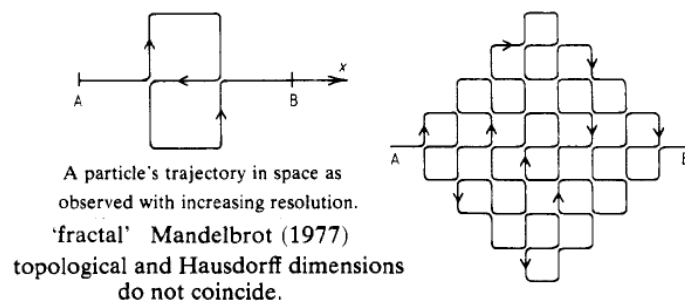
puedo explicar el tamaño de mi dolor. No puedo. Mis amigos me daban por muerto. Me metía tanta coca que ya no me entraba en la nariz. Una mañana la vi. Estaba sentada en el borde de mi cama. Sonreía. Me quedé sin respirar. Ella se levantó y caminó hacia el pasillo. La misma escena se repitió al día siguiente. Y al otro día. Y una vez más. Pero al quinto día ya no estaba sola. Amigo, cómo decirle que iba de la mano de un hombre. Cómo explicarle eso. No lo podía yo concebir. Creo que le grité hija de puta o una cosa así. Pero ni se mosqueó. Al sexto día ya eran dos los tipos. Se la estaban apoyando. Y le susurraban al oído. Ella parecía pasarselo bien. Al séptimo día ya eran tres o cuatro. Cómo le explico que mi difunta esposa se estaba enfiestando en la misma cama donde yo la lloraba día y noche. Como al décimo día se me llenó la casa de

muertos. Y no sólo hombres. Oh, no. Había caballos, perros, burros, había mujeres y niños también. Se estaba mandando la gran fiesta. La fiesta del siglo. Ella era incansable. Se la metían por todos los agujeros imaginables o imaginarios. Qué le digo. Me mudé de casa, colega. Me mudé de barrio y de ciudad. Dejé las drogas. Pero esa imagen no me la puedo borrar. ¿No cree ahora usted que yo soy el hombre más infeliz del mundo? COMO EL HOMBRE MÁS TRISTE E INFELIZ DEL MUNDO. Y cuando hubo acabado el segundo policía, pensé yo: estos dos no son sin duda los hombres más infelices del mundo. El hombre más infeliz del mundo no sabe que él es el hombre más infeliz del mundo. Y en eso consiste su infelicidad, su tristeza. La tristeza es un estado de lucidez. Pensé. ¿Cuánta tristeza cabe en una gota de luz? ¿Cuántos cornudos se pasean por el mundo ignorantes de su desdicha? Todos los amos son cornudos, sin duda, y ese es el triste consuelo de los esclavos. Y no paso mucho rato sin que el primer policía dijera: COMO EL PRIMER POLICÍA. ¿Y quién podrá negar que este desierto o bosque o descampado en el que estamos, en este ahora, en este instante que sobresale de entre todos los otros instantes por ser justamente aquél en el que ambos nos encontramos, un poco amándonos, otro poco rompiéndonos el culo por mero gusto, quién podrá negar, colega, que este lugar se encuentra ya desgastado por el uso, a fuerza de girar como un pinche trompo loco en el espacio y el universo? COMO EL HOMBRE MÁS TRISTE E INFELIZ DEL MUNDO. Y el otro policía, ante tan sabias palabras, se limita a responder: COMO EL SEGUNDO POLICÍA. Eso es cierto. COMO EL HOMBRE MÁS TRISTE E INFELIZ DEL MUNDO. Y agrega: COMO EL SEGUNDO POLICÍA. ¡Coño! COMO EL HOMBRE MÁS TRISTE E INFELIZ DEL MUNDO. Y entonces el primer policía se arrepiente de haber matado al cerdo. Un estremecimiento de culpa lo invade mientras se pregunta qué le hizo el pobre cerdo a él. Y ese sentimiento dura sólo un intervalo entre dos momentos. Un momento anterior y un momento posterior. Poco más tarde lo olvida. El sentimiento aparentemente se desvanece y se acaba allí. Hacia atrás, sin embargo, todo



retrocede. Vuelve a hacerle el amor al segundo policía, se desviste, se emborracha y ya está otra vez con el arma en la nuca del cerdo y ya regresa la bala desde el lobulo occipital del cerdo, los tejidos se reintegran, la piel se repara y en ese preciso instante la bala se detiene en el aire junto con el estremecimiento de culpa que ya no puede ir más allá. Algo extraño sin embargo ha ocurrido en el intervalo entre el origen del estremecimiento de culpa y su partida hacia las zonas más oscuras del inconsciente. Algo así como una transmisión telepática. Un chispazo. Y es que el cerebro del cerdo dista mucho de ser un cerebro de cerdo común y corriente. Un cerebro de cerdo, digamos, como el que puede comprar en una carnicería cualquiera que desee prepararse unos pinchos morunos. O un cerebro de cerdo asado acompañado de una salsita bechamel. O un solomillo de cerebro de cerdo embutido. O unas milanesas de cerebro de cerdo con salsa ali-oli. O un especial de cerebro de cerdo con manzana y salsa de sidra. No, amiguitos, este no es para nada un cerebro de cerdo así. Y eso lo descubrirá mucho más tarde la esposa de uno de los policías cuando al intentar preparar su receta de cerebro de cerdo a la barbacoa en salsa de cebolla y queso, una receta transmitida por varias generaciones en la familia, encuentre, en lugar de un cerebro de cerdo común y corriente, una bomba termonuclear orgánica que al activarla acabará con su casa y con toda la ciudad. PAUSA. Y así resulta ser que el cerdo no es realmente un cerdo. Y no me lo creerían ustedes, niños, mis niños, si yo no se los jurara sobre los cadáveres apilados de todos mis muertos. No lo creerían ustedes si yo no les diera mi palabra más sentida y sincera, de que el cerdo es en realidad un ser de otra galaxia. Y así, en ese instante, en esa nada en que la bala permanece suspendida entre la nuca del cerdo que no es cerdo y el caño del arma reglamentaria del policía del país más oscuro y triste del tercer mundo, el ser o animal superior cuya desgraciada fisiología le hace semejante a un cerdo, mira a la cámara y dice cosas que nos serían incomprensibles si no contáramos con una traducción proporcionada por un antiguo

empleado de la MGB o de la KGB- y las cosas que dice, si confiamos en el traductor, son más o menos las siguientes: Como UN CERDO INTERPLANETARIO. Soy un ser de otra galaxia. Mi planeta es gobernado por el gran gusano emperador. El gran señor del Caosmos. El misterioso rey desconocido. El gran gusano emperador ha sometido el multiverso. Nadie lo ha visto nunca. Y al parecer nadie lo verá. Nadie sabe tampoco que el multiverso ha sido sometido. En el superespacio que contiene todos los universos posibles, todas las historias, todas las alternativas entre una y otra decisión, gobierna el gran gusano. Su misteriosa tarea consiste en sostener la incomunicación entre los diferentes universos. Su misteriosa tarea también consiste en sostener la Gran



Conspiración Cósmica - frente a la cual el resto de las conspiraciones palidecen como conspiraciones enanas. Más aún: todas las conspiraciones han sido creadas para que la Gran Conspiración Cósmica nunca llegue a develarse. La conspiración de los cátaros. La conspiración de los leprosos. La conspiración de las mujeres. La conspiración de los ciegos. La conspiración de los hombres lobos de Júpiter – los más peligrosos sin duda entre los hombres lobo porque dado que Júpiter tiene 63 lunas, cada hombre llega a ser un lobo elevado a la sexagésima tercera potencia, que es un flor de pedazo de lobo. Todas esas conspiraciones existen para tapan la verdadera Gran Conspiración. Jch weiß daß ohne mich Gott nicht ein Nun kan leben / Werd' ich zu nicht Er muß von Noth den Geist auffgeben. Que es decir mucho. Que es decir demasiado. Y sin más les explicaré ahora cuál

ha sido mi tarea en la tierra. Resulta que en este mundito de mierda un hombre, un sólo hombre llegó a una conclusión que estuvo a punto de echar por el piso la Gran Conspiración Cósmica. Por eso mis jefes me enviaron a la tierra con el objeto de que en este mundito, en esta pequeña galaxia de este universo insignificante nadie llegue a tener cabal comprensión de la Primera Verdad.vY durante casi cinco siglos, poco más, poco menos, pude cumplir con efectividad mi tarea. Pero francamente, en este momento me importa un carajo mi tarea. Porque en este universo, esta versión de mí, está a punto de morir. Sé que en otras versiones, en otros universos, yo me muero un poco más tarde o un poco más temprano. Existen incluso universos en donde no muero nunca y agonizo en una inmortalidad inmortalmente aburrida. Pero francamente, en este momento, esas otras versiones en esos otros universos, me importan un carajo también. Por eso les voy a decir quién fue ese hombre. Les voy a decir su nombre. Y ustedes podrán sacar sus propias conclusiones. Ese hombre fue... LO HA OLVIDADO. INTENTA RECORDAR. REPITE. Ese hombre fue...

NO LO RECUERDA. MIRA LA PIZARRA. BUSCA EL NOMBRE. CON DESESPERACIÓN BUSCA EL NOMBRE. MALDICE EN VOZ BAJA. SU MANO IZQUIERDA COMIENZA A TEMBLAR. TIEMBLA. EL HOMBRE LA MIRA. LE DICE ALGO EN VOZ BAJA. LA MANO TIEMBLA. COLOCA LA PIZARRA BAJO LA MANO IZQUIERDA. LA MANO IZQUIERDA BORRA LA PIZARRA. ESCRIBE. MIRA LO QUE HA ESCRITO. MIRA A PÚBLICO. DICE:

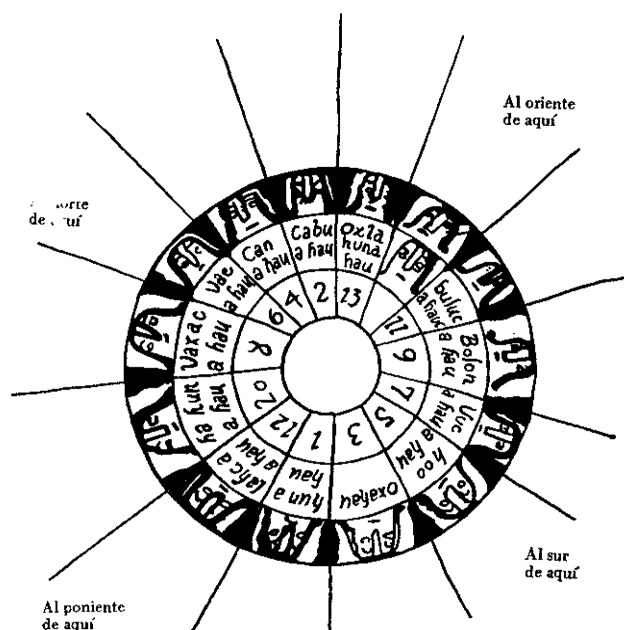
EL HOMBRE: Copernico.

PAUSA. LA MANO IZQUIERDA SIGUE ESCRIBIENDO EN EL AIRE. VUELVE A COLOCAR LA PIZARRA BAJO LA MANO IZQUIERDA. LA MANO IZQUIERDA ESCRIBE. EL HOMBRE LA OBSERVA. LA MANO ESCRIBE. MIRA HACIA OTRO LADO. CIERRA LOS OJOS. LA MANO ESCRIBE. POR UN RATO PERMANECE CON LOS OJOS CERRADOS. LA MANO SIGUE ESCRIBIENDO. BRUSCAMENTE DESPIERTA. MIRA LA MANO QUE ESCRIBE. MALDICE EN VOZ BAJA. OBSERVA

DETENIDAMENTE LA MANZANA EN EL SUELO. LA MANZANA SE HA LLENADO DE MOSCAS. LA MANO IZQUIERDA ARROJA LA PIZARRA AL SUELO. EL HOMBRE SE ASUSTA. SE TIRA AL SUELO. RECOGE LA PIZARRA. LA MANO IZQUIERDA ESCRIBE EN EL SUELO. EL HOMBRE LEE LA PIZARRA.

EL HOMBRE: COMO COPÉRNICO MORIBUNDO. Pronto... Pronto... Estaré muerto. TOSE. MIRA CON PREOCUPACIÓN LO QUE LA MANO IZQUIERDA CONTINÚA ESCRIBIENDO EN EL PISO. COMO EL HOMBRE LEE. Demócrito era un imbécil atómico. Rutherford era un imbécil subatómico. Dalton era un imbécil daltónico. LEE DE LA PIZARRA. COMO COPÉRNICO: *Vita Brevis, sensus ebes, negligentiae torpor et inutiles occupationes nos paucula scire permittent.* TOSE. LEE DEL PISO. LA MANO CONTINÚA ESCRIBIENDO. COMO EL HOMBRE. Lucrecio era un imbécil natural. Plotino era un imbécil platónico. CADA VEZ MÁS EXALTADO. LA MANO SIGUE ESCRIBIENDO. SE ARRASTRA POR EL PISO SIGUIENDO A SU PROPIA MANO QUE ESCRIBE. CON LA VOZ DEL PRIMER PERIODISTA. Ramanujan era un imbécil autodidacta. Hardi era un imbécil matemático. Volta era un imbécil eléctrico. LEE DE LA PIZARRA. CON LA VOZ DE COPÉRNICO MORIBUNDO. A TODA VELOCIDAD. *Des Morgens geht die Sonn auß, zu mittag schläfft sie –* TOSE. VARIAS VECES TOSE. - *deß Nachts ist sie erwacht, reist Abends ohn beschwehr.* LEE DEL PISO. A TODA VELOCIDAD. CON LA VOZ DE STALIN. Ampère era un imbécil magnético. Edison era un imbécil continuo. Tesla era un imbécil alterno. CON LA VOZ DEL SOL. A TODA VELOCIDAD. Carnot era un imbécil termodinámico. Darwin era el más evolucionado de los imbéciles. Wegener era un imbécil continental. A TODA VELOCIDAD. COMO COPÉRNICO. *Et aliquotients scita excutit ab animo fraudatrix scientiae et inimica memoriae praeceps oblivio.* A TODA VELOCIDAD. CON LA VOZ DEL HOMBRE MÁS TRISTE E INFELIZ DEL MUNDO. Humboldt era un imbécil geográfico. Teofrasto era un imbécil geológico. Ptolomeo era un imbécil geocéntrico. A TODA VELOCIDAD. CON LA VOZ DEL CERDO INTERPLANETARIO. EXHAUSTO YA. Descartes era un imbécil soñador. Giordano Bruno era un imbécil infinito. Pascal era un imbécil esférico. Leonardo fue un imbécil multidisciplinario, un

verdadero artista de la imbecilidad. Sólo hubo uno que no. Uno que no. SACA DE SU CHALECO UN MARTILLO. GOLPEA CON EL MARTILLO A LA MANO IZQUIERDA CUATRO VECES. ¡U-no-que-no! PAUSA. LA MANO IZQUIERDA HA QUEDADO COMO MUERTA. RESPIRANDO CON DIFICULTAD. CON LA VOZ DE COPÉRNICO. DESDE EL SUELO. Copernicus. Ergo, sum. O sea. Yo. LENTAMENTE. MORIBUNDO. Pero a mi lado estaba Rheticus, el mayor de los imbéciles. Y yo también fui un imbécil. Que me dejé convencer. Ay, señor, señora, niños, mis niños. Y ahora estoy muriendo. Miro por la ventana. Los vapores del Vístula no me



dejan ver nada. Qué curioso. Así se llama un río en Egipto. El río nada. Qué curioso que lo llame el Vístula cuando se trata del mar Báltico. Pero Rheticus. Pero Rheticus. Sin duda se preguntarán cuál ha sido mi descubrimiento. Por qué tanto ruido. ¿Por mostrar con treinta y cuatro o cuarenta y ocho epiciclos que la tierra se mueve alrededor del sol y no el sol alrededor de la tierra? ¿Eso es todo? No señores. Perdonen mi arrogancia. Pero no. Ustedes no han leído mi libro. Se quedaron en el Commentariolus. Ay, amigos. Resulta ser que ustedes son unos imbéciles también. Ya deberían saber que en este pantano o charco inmundo en el que nos

hundimos ahora, en este basurero en el que unos cuantos policías se dan y toman respectivamente por culo, mientras un conejo insignificante y un sol cobarde huyen por caminos adversos, en este lodazal donde unos dioses intentan convencer al rey de los muertos y al hombre más triste e infeliz del mundo de que se arrojen al fuego, en este terreno baldío en el que nada parece tener sentido, habita un gusano misterioso. Ese es el enigma que hoy nos toca resolver. De Vermis Mysteriis. Ay, ay, ay. Pues no. Eso no dice mi libro. Eso no dice mi Revolutionibus. Hay que leerlo hasta el final. Hay que leerlo hasta el final para saber que eso no es lo que dice. El sol no es el centro del universo. Carajo. No lo es. Lo que mi libro dice es que el centro del universo es un punto ubicado a una costadito del sol. Un puntito de nada. Un punto vacío. El universo gira sobre la nada. Un universo-tubo cuyo interior esta vacío. Rheticus no lo entendía. Nadie lo entendió nunca. Esa es la gran revolución. ¿Eso es todo? Sí. Ahora sí. Eso es todo. No hay más que eso. La Gran Conspiración, señor, señora, la madre de todas las conspiraciones, frente a la cual todos los enigmas palidecen como enanos idiotas, está para tapar esa única y gran verdad. Pero si el gusano supiera. Si el gusano supiera que sabemos. Si eso llegara a suceder. El superespacio, el multiverso, el terreno o descampado se desvanecería en la nada como un relámpago de luz. Por eso mejor no sepan. Mejor no tienen que saber. CANTA, CON UN HILO DE VOZ. Der Himmel nicht die Erd umgeht / Wie die Gelehrten meynen / Ein jeder ist seines Wurms gewiss / Copernicus des seinen. Recuerden pronunciar Wuuuurms. Wuuuuuuuuurms. PAUSA. Nadie sabe si el niño se murió o no se murió al final. Pero si lo primero, qué triste habrá estado entonces el sol. Qué tristeza. ¡Cuánta tristeza, carajo! Creo que voy a llorar.

LLORA. PAUSA. TIENE LA MANO IZQUIERDA AÚN MUERTA A UN COSTADO. CON LA DERECHA TOMA LA MANZANA CUBIERTA DE GUSANOS, RODEADA DE MOSCAS Y LE DA UN MORDISCÓN. LENTAMENTE SE COME LA MANZANA. LAS

MOSCAS LO RODEAN. SE COME LA MANZANA Y ARROJA EL CABO HACIA ATRÁS.  
LAS MOSCAS GIRAN A SU ALREDEDOR.

**HABLA COMO EL PRIMER HOMBRE:** Pero tenemos que llegar al final ¿no es cierto? Amigos, hermanos, niños, créanme cuando les digo que podríamos seguir por horas, todavía. Días enteros podríamos estarnos intentando encontrarle un sentido a todo esto. Pero lo cierto es que se viene el final. Los dioses están reunidos en Nueva York o en Tehotihuacán y le dicen al pendejo del rey de los muertos le dicen, vamos, arrójate al fuego, al puto fuego de una vez. Y el rey de los muertos no quiere, no se anima. Y entonces le toca el turno a Bokodori, ¿lo recuerdan? El último hombre cobra fuerzas y se dice yo lo haré. Viene rengueando Bokodori y de una vez se arroja al fuego, dejándolos en ascuas a todos, se arroja y se incendia Bokodori y a último momento el rey de los muertos se dice: allí voy. Y se arroja también. Pero como todas las historias confluyen en algún punto se aparece por allí el conejo y los dioses ofuscados con el mogólico del rey de los muertos toman al conejo y por pendejo le parten la jeta con el conejo y esa es, hermanos del alma, la razón por la que la luna no brilla tanto como el sol, y la razón por la que la luna tiene estampada en la jeta un conejo. Mientras tanto el nuevo sol se niega a moverse. Y los dioses le dicen ¿qué? Vamos hombre, muevete ya de una vez. Pero el Bokodori, que no, que no me muevo. Y los dioses: vamos, muevete ya, cabrón. Y entonces Bokodori: quiero su sangre y su reino. Y los dioses, carajo, los dioses se escandalizan. Ni modos, ni modos. Pero insiste Bokodori: su sangre y su reino. Y así seguirían las cosas si no fuera por la policía. Por la policía de los países más tristes y oscuros de éste mundo, de éste o cualquier mundo, porque como sabemos la historia bien podría suceder en cualquier parte y en cualquier momento, en la galaxia Andrómeda o en la constelación Centauro o en la nebulosa de Orión, en 1848, en 1521, en 1976. La policía entonces hace acto de presencia, toma cartas en el asunto, cumple con su deber. Y con sus armas reglamentarias

disparan sobre los dioses. Alguno que otro dios grita: No disparen cabrones, hay niños aquí. Pero poco les importa eso a los policías de cuyo buen oficio depende la suerte entera de la galaxia, de ésta y otras galaxias, del superespacio que contiene como todo el mundo sabe, una chingadera de universos, así como el nuestro, que apenas se tocan, que ni relación tienen entre sí. Y por eso los policías, buenos y leales ciudadanos, acaban de una vez con los dioses, qué carajos, a quién le van a dar lástima los putos dioses, y así es como está todo, mis buenos hermanos, los dioses muertos, el sol girando y pidiendo sangre, más sangre, cada vez más, la luna girando con la jeta partida y el conejito girando junto con la luna. Así son las cosas. Y más vale no seguir preguntando, niños, mis niños, porque algún imbécil podría verse en la obligación de contestar nuestras preguntas y ahí te quiero ver. Y ahora sí, como dijo el buen Angelus Silesius: Freund, es ist auch genug. Eso es todo amigos.

LAS MOSCAS GIRAN A SU ALREDEDOR. COMO PLANETAS O ELECTRONES GIRAN A SU ALREDEDOR. LENTAMENTE CAE LA LUZ.

*Buenos Aires / San Luis Potosí*